

Erasmo López de Mendoza es un profesor jubilado que ejerce de impenitente bibliófilo. Rastrea librerías de viejo y trastiendas de anticuario a la caza de ese ejemplar antiguo, de esa primera edición, de ese incunable, que pueda suponer una perla más en el collar de piezas exquisitas que jalonan su biblioteca.

Para ello, y para no ser detectado por los avisados comerciantes, prestos a elevar el precio cuando tratan con un ávido coleccionista, no duda en adoptar las más diversas imposturas. Así, por ejemplo, se puede transfigurar en turista extranjero que busca un libro de escaso interés, a fin de que el librero se pierda en su búsqueda, dejándole a él tiempo para detectar con sus ojos expertos presas fascinantes sobre las que abalanzarse. Y es que él siempre ha suscrito lo que ya expresó H. Beraldi en 'Le désir de livre': «El verdadero placer del coleccionista no es el de poseer, es el de comprar, el de cazar, el de abatir la pieza».

En una de sus monterías (por seguir el simil cinegético), Erasmo halló una caja de cartón que contenía una serie de legajos escritos con la caligrafía propia del Siglo de Oro. Aunque a simple vista se trataba de protocolos notariales de escaso valor, no dudó en adquirir el lote completo al vislumbrar que un grupo de documentos tenían características dignas de mejor estudio.

Unas horas más tarde, en el santuario de su biblioteca, Erasmo comprobaba que en aquellos prometedores papeles, su autor, un tal Gonzalo de Córdoba, se remontaba a 1604 para hablar de un antiguo soldado llamado Miguel de Cervantes, y de los avatares sufridos por el original de una historia que éste había compuesto, protagonizada por un enjuto hidalgo manchego. Es decir, contaba lo sucedido al manuscrito de la novela más célebre de todos los tiempos.

Pero no sólo eso: ahí podía encontrarse la clave para seguir el rastro de ese original nunca hallado, y cuyo valor, pensaba Erasmo, sería equiparable al de las Tablas de la Ley autografiadas por el propio Yahvé.

A partir de ese momento, Erasmo y su antigua alumna Pilar, siguiendo las pistas que deja Gonzalo de Córdoba, se embarcaron en la búsqueda del manuscrito, descubriendo, entre muchas más cosas, el turbio papel desempeñado en toda aquella historia por otro escritor, llamado Lope de Vega.

En fin..., quien quiera saber todo lo que sucedió no tendrá más remedio que leerse **Madrid, 1605**, una estupenda novela escri-



SOMBRA EN LA CAVERNA

JAVIER SARTI
javiersarti@yahoo.es

MADRID 1605



ta por **Eloy M. Cebrian** con el asesoramiento del bibliófilo **Francisco Mendoza**, trasunto, quizá, del propio Erasmo.

Se trata de una ficción eminentemente metaliteraria que combina aspectos históricos con una sutil disección de los tiempos actuales. Se la podría adscribir tanto al género detectivesco como al de aventuras, resultando divertida y erudita al mismo tiempo. Una novela larga formada por el contrapunto de esas dos que narran, por una parte, las peripecias de Erasmo y Pilar, y, por otra, las de Gonzalo y Cervantes. Y, sobre todo, muy bien escrita, apta para un

lector exigente, algo que tan pocas veces se da en los libros de esta índole, dirigidos a un gran público y pese a ello (o por ello) tantas veces contruidos con un nulo nivel de exigencia.

Hace ya algunos meses publiqué en esta misma sección un artículo en el que trataba de llevar a cabo lo que un generoso lector calificó como «hermoso ejercicio de lealtad al libro impreso». Allí quise hacer un ligero inventario de las sensaciones y hallazgos que nos pueden deparar los ejemplares en papel frente a la inmaterialidad de los formatos digitales.

Hablaba de que al volver a tenerlos en nuestras manos podíamos recordar cuáles leímos solos y cuáles acompañados, y de que podíamos también volver la vista mental hacia aquél extraño que fuimos y, luego, enfrentarnos a ese no menos extraño en el que nos hemos convertido.

Comentaba las cosas que podíamos encontrar entre sus páginas («una hoja seca, un billete de autobús, la entrada de un espectáculo...»), que nos transportaban a otros lugares y fechas, del mismo modo que lo hacían esas anotaciones y subrayados que nos resultaría difícil comprender ahora, pero con los que trataríamos de recordar lo que comprendimos entonces.

Hablaba también de sus olores, olores de tiempos que nos pertenecieron, en contraste con estos que parecen atraparnos. Y de las marcas que habían dejado en ellos los viajes que hicieron con nosotros a lugares que hubiéramos querido que fuesen los nuestros.

Y de los que llevaban dedicatorias, de sus autores o de quienes nos los regalaron, de quienes nos quisieron, de quienes quizá nos siguen queriendo.

Y de los que heredamos de alguien a quien conocimos un poco más a través de ellos. Y de los que nos gustaría que alguien heredase de nosotros, y le permitieran conocernos un poco.

Y de los manchados..., y de los que forramos para que nada los manchase...

Hablaba de todas esas características de los libros impresos..., lo más parecido a lo que se suele llamar el alma de las cosas.

Pero ahora, con la lectura de esa novela, he caído en la cuenta de que hay algo que desaparecerá con ellos si su universo es tomado por el mundo digital: los manuscritos, los ejemplares antiguos, las primeras ediciones..., objetos apreciados por quienes todavía son capaces de darle valor a esa página que el tiempo y la historia depositan sobre los objetos.

A quienes hemos publicado algunos libros puede resultarnos simpática esa ilusión inofensiva de que, dentro de cien o más años, podría aparecer en un desván algún ejemplar de esos que un día escribimos, y que, quizá, quien lo tome entre sus manos sentirá curiosidad por saber qué leía su bisabuelo o qué escribió ese desconocido cuya foto aparece ya desdibujada en la solapa.

Para los autores de futuros libros, esa sencilla idea morirá si todas las palabras se convierten en efímeras motas en una pantalla.

Cuando bajó del avión le temblaban las piernas y un profundo dolor en el pecho le hacía soltar unas lágrimas. Se intentó reponer, secó su llanto silencioso con una de las gasas que llevaba en el bolso y suspiró. «Por fin estoy aquí», pensó. Sólo le faltaba subir el último escalón en su escalofriante aventura por la supervivencia. Pero fracasó. La vida está escrita con triunfos y derrotas, y a ella, con sólo 33 años, el destino le había dibujado una singladura repleta de desencantos. Desencantos y crueldad.

En algún rincón de Colombia, quien sabe si en una chabola escondida en ese hambre de miseria que se levanta en las laderas de Medellín, un falso médico le implantó dos prótesis repletas de cocaína. Un kilo y medio de droga metido en sus pechos. Cuando llegó a España, sus cicatrices seguían abiertas. La sangre rezumaba bajo sus mamas. La vida supuraba por esas cicatrices infectadas de tristezas e injusticia.

EL COMECOCOS
JESÚS TRELIS

JACARANDAS

De cómo la vida está hecha de éxitos y fracasos,
y a ella le tocó la ruta del desencanto



Imagino –sólo imagino– que, uno o dos días antes, aquella muchacha entró en un cuarto convertido en quirófano y se puso ante aquel matarife que, con sus manos ocultas bajo unos guantes de látex reciclados, le fue colocando las prótesis. Frente a ella se desplegaba un paisaje desolador: un montón de gasas ensangrentadas de operaciones anteriores, aparejos sin es-

terilizar, un profundo olor a alcohol y un grupo de chicas sentadas en un maltrecho sofá. Temblando. Esperando turno.

Imagino cómo esa droga, que parece entrar a raudales por los aeropuertos europeos oculta en cuerpos convertidos en meros envoltorios, llega hasta las bandejas de plata de las fiestas de los últimos ricachones; hasta las manos de jóvenes ignorantes

que ahora van al volante camino de una noche repleta de estridencias que acabará en blanco, o hasta el alma maltrecha de alguno de los muchos ciudadanos que deambulan por el laberinto oxidado de una vida fracasada y que acabará destrozándole las neuronas y ahogando sus días.

Pienso en esas terribles historias que el atroz mundo de la droga escribe a diario. En la maldad del narcotraficante y en la debilidad de esos cuerpos humillados, convertidos en escoria. En puro embalaje de miserias.

Y sí, vuelvo a pensar en ella, en una de ellas, ahora mismo metida en un avión, camino a Europa, con las manos sudando y el corazón latiendo acelerado. Anhelando acabar con la pesadilla. Con los ojos cerrados, soñando con un paseo sereno bajo un bosque de jacarandas. Con las flores azules cayendo sobre su rostro mientras dos bombas de cocaína reposan amenazantes en sus pechos. Imagino. Sólo imagino. Besos.